

Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

La desaparición en la imprenta de una palabra, con la consiguiente y quejumbrosa cojera del octosílabo, más el disturbio de un «crear» donde debería leerse «crecer» -puesto que yo elegí: «Podré olvidar el color / de las cosas que me vieron / crecer desde los estantes / pero su canción no puedo»- rebajan un poco esa satisfacción que uno siente, una vez más, al ver los versos propios en letra de molde. Pero sólo un poco, ya digo. Porque en otros tiempos hubiera llorado. Lágrimas físicas costó a los ojos entre cándidos y heridores de Lorca el primer vistazo al número de Litoral con las primicias del “Romancero gitano”, seguidas, las lágrimas, de un telegrama vehemente a su amigo Emilio Prados, responsable de la revista. Es el pequeño y escurridizo demonio de la errata, parásito del invento glorioso de Gutenberg.

La errata de imprenta, sobre todo la de los periódicos, alimenta un anecdotario incesante, y basta apuntar el tema en una tertulia desfalleciente para que el personal reaccione y sobre el auditorio caiga una lluvia de perlas. Aunque conviene olvidarlas, como los chistes, porque el saber si ocupa lugar y no vale la pena guardar las cosas frecuentes, me viene a la memoria -desde la década de los 40- cierta reprobación descarnada, en páginas leonesas, hacia «esas chicas modernas que a sus novios les tienen sorbido el sexo». En la redacción de la Proa, junto a las fotografías de José Antonio y de Franco (y de una artista de cabaret, con dedicatoria apócrifa a uno de los redactores), habían pegado una colección de recortes del Diario de León aviesamente elegidos por sus gazapos ilustres. Pero no menos en la casona de Daoíz y Velarde se saboreaban con fruición las erratas de la competencia, aunque, esto sí, sin implicar a una pared que estaba señoreada por el Sagrado Corazón y el retrato de un obispo vestido como deben vestir los obispos.

Esto de las erratas pasa, sigue pasando, hasta en las mejores familias. En el periódico más influyente de la nación, o sea el Boletín Oficial/Gaceta de Madrid, sin ir más lejos. Ahora precisamente andan rectificando una coma en cierta disposición legal. La de las Cuarenta Horas, que parece el título de una devoción como los Siete Domingos o los Trece Martes. Y ahí está un importante diario independiente de la mañana pero dejémonos de eufemismos: El país, con la minúscula que prefiere ABC-, donde no es rara una fe de errores y de erratas referida al número anterior. Y el propio Abc -ahora con las minúsculas que le impone El País- acaba de dedicar un fino

recuadro para perfección de una de sus famosas «terceras», sólo porque apareció «epopeya» donde debía decirse «etopeya». Quizá porque el artículo era de José García Nieto, de la Real Academia Española. Más probablemente, porque el artículo se dedicaba a Pemán. Es una honrada decisión puntualizadora la de los dos grandes matutinos madrileños, pero peligrosa. Lo mejor que se puede hacer con las erratas es olvidarlas, porque nunca estamos seguros de que en la corrección de una errata no puedan deslizarse dos.

Volviendo al terreno de la poesía, si es en él donde una palabra puede (y debe) alcanzar la mayor y más concentrada potencia, también ocurre que en el verso encuentra la errata las mejores posibilidades de hacer estragos. Esto mismo se lo he escrito más de una vez, incluso en tono lastimero, al responsable del periódico o revista que fuera a publicar unos versos míos. Y acaso se lo haya dicho al profesor José María Fernández en prestigiosa publicación de la Universidad de Tarragona, saca su Antología consultada de la poesía leonesa, de desencadenante de estas reflexiones. Pero ya he ido aprendiendo que una súplica así no consigue gran cosa, e incluso puede ser imprudente como hablarle de nuestros amigos o parientes al cirujano, cuando todos sabemos lo que puede pasar con los recomendados... Tampoco, en fin, soy poeta tan memorable como para abrumar a nadie con el peso terrible de la maldición. «Malditos los que en el futuro hagan de mi obra unos libros feos, sucios -se confesaba Juan Ramón Jiménez con nuestro Ricardo Gullón-; los que no respeten mi orden y mi selección, los que los alteren en una coma... »